

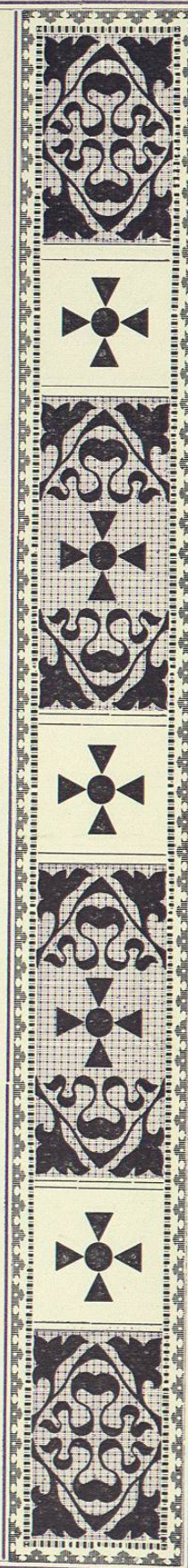
que en su centro ostenta de relieve una paloma en medio de una ráfaga; y á ambos lados del altar, sobre el muro inmediato, dos lápidas de mármol, con sus correspondientes inscripciones, señalan el hueco de otros tantos nichos sepulcrales.

Esta vez el claror de aquella ebúrnea construcción estaba apagado con el sombrío ropaje de que cuidó que fuera revestida, para ponerla en concordancia con la seriedad del acto á que iba á servir de escenario, el Sr. Lic. D. Luís Vereá, asesorándose del antes referido artista Sr. Villaseñor.

Afuera, desde los piés de la estatua bajaban á enlutar las almenas delanteras dos largos y anchos crespones; ceñía el arquitrabe del frontis una faja formando ligeros pliegues; de la cornisa del mismo frontispicio colgaba una pesada cortina, que á una regular altura separábase en dos fajas correspondientes á los lados de la entrada; bajo el ático de ese pórtico se extendía horizontalmente una banda de gasa con las puntas cayendo en sentido vertical, y en el centro de ella estaba formado un enorme moño de terciopelo; en los resaltes del cornisamiento elegantes lazos hacían juego con unas coronas de avalorio; enfundaba las cañas de las columnas de ese frente una tela de terciopelo y desde los capiteles hasta las bases descendían inmensas tiras de crespón. De un modo análogo estaban revestidas las columnas posteriores.

La ornamentación interior, negra como toda la exterior que hemos descrito, consistía en sutiles gasas que cubrían las columnas y el altar, dejando ligeramente transparentarse la blancura del mármol, y formaban las extremidades de la misma tela, un moño en el centro de la parte delantera de la mesa; en el muro, á competente altura, ondeaba una tira de terciopelo y gasa, correspondiendo la mitad de su longitud al centro del altar, sitio que marcaba simétricamente una corona de azabache entrelazada con crespones; del medio de la bóveda se desgajaba un pabellón de terciopelo, los cuatro extremos del cual, después de prenderse por un punto en la superficie de las pequeñas caras del octágono, descendían hasta tocar el suelo; y por último, sobre el altar, seis candeleros de bronce dorado soportaban sendos cirios encendidos; al pié del mismo altar, por ambos lados, ardían dos cirios más, y otros cuatro de éstos, sobre relucientes blandones, estaban distribuídos en correspondencia con los gajos del pabellón.

Al llegar los conductores del féretro, le depositaron sobre una mesa cubierta con un paño de tumba, que á prevención se había colocado en la parte exterior de la consabi-

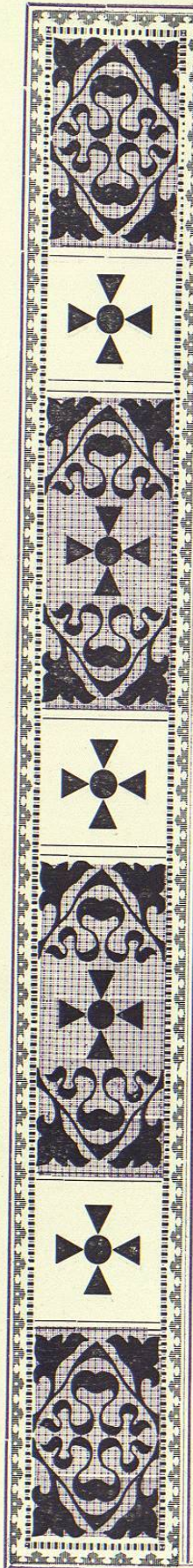


da capilla; en ese lugar, haciendo de Preste el Sr. Dean, asistido por el Maestro de Ceremonias de la Catedral, se ejecutaron las ritualidades y el canto del *Oficio* respectivo; después, se levantó la reja que resguarda en el interior del mausoleo la entrada de la catacumba; y en seguida fué conducido el féretro ante la tenebrosa boca que acababa de abrirse, y poco á poco ¡ay! desapareció en ella. Allá dentro colocáronlo con la cabecera del lado Sur, en el nicho que lleva el número 10 y que fué clausurado cuidadosamente con una sencilla lápida de mármol blanco, sin inscripción alguna y sólo conteniendo en el centro de su pulida superficie una cruz latina y en cada ángulo una crucecita griega, resacadas todas á cincel.

Cuando se acabó de ejecutar esa tétrica operación, sonaba el toque de ánimas; las luces de las hachas que aun estaban encendidas, al deslizarse por entre los intersticios de los árboles, salpicaban de lágrimas de oro las esparcidas tumbas; y los sauces y los cipreses, moviendo gravemente sus copas como para llevar el compás, salmodiaban el *De profundis*.

\* \* \*

El más elocuente de los Padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, se refería en los siguientes términos, que aquí es oportuno citar, á esta clase de esplendorosas ritualidades católicas: "Dime, escribe, ¿qué significan las antorchas y acompañamientos en nuestros entierros? ¿no es por ventura ir siguiendo á nuestros luchadores y atletas? ¿Qué los himnos y cánticos? Dar gracias al Señor porque los coronó."

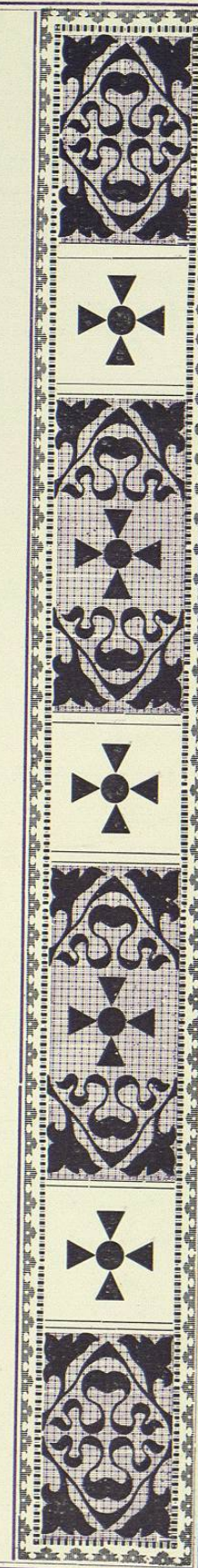


esa piadosa tarea, con filial emulación; tras él hacían el duelo los miembros del Venerable Cabildo y los Familiares del Ilmo. finado; procedía luego la guardia del Comercio; y cerraban la marcha, el carruaje propio del difunto Sr. Arzobispo, el carro fúnebre, los coches particulares (con sus vidrieras echadas, y llevando algunos de ellos á las señoras sus honorables dueñas,) y venía, en último término, la muchedumbre.

Todo eso ofrecía á la vista un conjunto verdaderamente magnífico; pero en especial llamaban la atención el pomposo féretro y la guapeza de los atavíos que ornaban el coche arquiépiscopal y el carro funerario.

El primero de estos dos había sido adornado por los tapiceros Cano y Cia., bajo la dirección del antiguo oficinista de la Agencia de Parroquias, Sr. D. Vicente Alvarez Tostado: todo su cuerpo estaba forrado de terciopelo negro, dispuesto en infinitos pliegues en que la luz hacía cambiantes: esa funda terminaba por la parte inferior en ondas y se veía contorneada enteramente por áureo fleco; fileteaba la parte superior un ancho galón de oro, bajo el cual colgaban lambrequines también de terciopelo oscuro con flecos y borlas de aquel propio metal; en la delantera llevaba un adorno en consonancia; en el sitio del pescante, sobre un grande cojín negro, una mitra, entre una cruz y un báculo, y abajo una corona de azahares y violetas artificiales, que tenía pendientes dos listones de seda blanca, terminados en alhamares de oro y en los que estaban recamadas las fechas del nacimiento y de la muerte del Prelado. Cada uno de los cuatro ángulos superiores de la caja lucía una gran corona de jazmines, camelias, y azalias blancas, y heliotropos azules; los estribos estaban asimismo encubiertos de terciopelo con fleco de oro, é igualmente de esa tela estaban revestidos los demás salientes; y por último, cubrían los rayos de las ruedas, crespones de luto, y hasta los ejes estaban envueltos en paño galonado. Tiraban del carruaje dos soberbios troncos prietos, caparazonados con gualdrapas de terciopelo y oro, llevando garzotas negras, ostentando resplandecientes jaeces y conducidos del diestro por enlutados palafreneros. Habían facilitado esos troncos, respectivamente, sus dueños los Sres. Cuesta y Newton.

El muy elegante carro fúnebre que es propiedad del Sr. Lic. D. Francisco Camarena,—quien espontáneamente lo había ofrecido para que prestara servicio en la traslación del cadáver del Sr. Arzobispo á la postrer morada,—llevaba su caja de cristal exteriormente guarnecida de cortinajes de seda negra, combinados con bandas de raso morado, ardiendo



las linternillas y repartidos en la cubierta vistosos penachos oscuros. Una cuadríga, retinto el tronco delantero y prieto el de la zaga, guiada por un negro, vestido de librea del mismo color, tiraba de este carro, el adorno del cual fué dirigido por el artista D. Eduardo Villaseñor.

Con solemne lentitud adelantaba en su curso la triste procesión, sin que nadie alterara sus ordenadas filas; sólo sí al paso del ataúd, la masa humana hacía á veces empuje para acercarse á éste, como impulsada por la psíquica fuerza del cariño; pero, en esas mismas ocasiones, pronto el solo respeto la rechazaba, despejándose el campo y la comitiva volvía prontamente á rehacerse.

Bien se pensó al no estimarse necesaria la presencia de los agentes de la policía sino ya en las inmediaciones del cementerio, donde indudablemente el pueblo bregaría intentando penetrar á aquel recinto con el cortejo ó tras él, para presenciar el sepelio. Previstas con oportunidad esas intenciones, fácilmente se impidió la irrupción á los millares de personas que allí se apiñaban, formando un oceano de cabezas: bastó para ello que las escuadras de agentes del orden, de á pié y de á caballo, formaran valla desde el Parque Alcalde hasta la puerta de entrada del referido cementerio.

Ya los últimos reflejos del crepúsculo vespertino formaban maridaje con los pálidos fulgores de la luna próxima á su creciente, cuando el venerable cadáver, después de sufrir la inspección oficial mandada por las ordenanzas municipales, llegó al lugar destinado para su reposo.

El resplandor de cien antorchas que se encendieron bañó entonces de luz el blanco panteón de la familia Remus, erigido en el cuadro frontero al ángulo Sudeste. Es aquél una elegante capilla de forma octágona irregular, que en tres de sus grandes lados tiene distribuidos otros tantos pórticos con cancelos de hierro, y tras de dos de éstas vidrieras de cristales apagados; cabe sus cuatro pequeños planos, por el exterior, se adelanta igual número de columnas dóricas, cuyos capiteles se ligan á unos resaltes que sostienen el almenado cornisamiento, al frente del cual aparece inscripto el apellido de aquella familia; y el cornisamiento á su vez sostiene una pequeña bóveda coronada por la estatua de la Fé. Da acceso por el pórtico principal una sola grada y el monumento está circuido de pequeñas pilastras enlazadas entre sí por fuertes cadenas de hierro.

Cuanto al interior, recientemente decorado de nuevo, tiene en su cara principal un gracioso altar de mármol, con sus columnas de tecallí; sobre él una cruz también de mármol,

que en su centro ostenta de relieve una paloma en medio de una ráfaga; y á ambos lados del altar, sobre el muro inmediato, dos lápidas de mármol, con sus correspondientes inscripciones, señalan el hueco de otros tantos nichos sepulcrales.

Esta vez el claror de aquella ebúrnea construcción estaba apagado con el sombrío ropaje de que cuidó que fuera revestida, para ponerla en concordancia con la seriedad del acto á que iba á servir de escenario, el Sr. Lic. D. Luis Vereá, asesorándose del antes referido artista Sr. Villaseñor.

Afuera, desde los piés de la estatua bajaban á enlutar las almenas delanteras dos largos y anchos crespones; ceñía el arquitrabe del frontis una faja formando ligeros pliegues; de la cornisa del mismo frontispicio colgaba una pesada cortina, que á una regular altura separábase en dos fajas correspondientes á los lados de la entrada; bajo el ático de ese pórtico se extendía horizontalmente una banda de gasa con las puntas cayendo en sentido vertical, y en el centro de ella estaba formado un enorme moño de terciopelo; en los resaltes del cornisamiento elegantes lazos hacían juego con unas coronas de avalorio; enfundaba las cañas de las columnas de ese frente una tela de terciopelo y desde los capiteles hasta las bases descendían inmensas tiras de crespón. De un modo análogo estaban revestidas las columnas posteriores.

La ornamentación interior, negra como toda la exterior que hemos descrito, consistía en sutiles gasas que cubrían las columnas y el altar, dejando ligeramente transparentarse la blancura del mármol, y formaban las extremidades de la misma tela, un moño en el centro de la parte delantera de la mesa; en el muro, á competente altura, ondeaba una tira de terciopelo y gasa, correspondiendo la mitad de su longitud al centro del altar, sitio que marcaba simétricamente una corona de azabache entrelazada con crespones; del medio de la bóveda se desgajaba un pabellón de terciopelo, los cuatro extremos del cual, después de prenderse por un punto en la superficie de las pequeñas caras del octágono, descendían hasta tocar el suelo; y por último, sobre el altar, seis candeleros de bronce dorado soportaban sendos cirios encendidos; al pié del mismo altar, por ambos lados, ardían dos cirios más, y otros cuatro de éstos, sobre relucientes blandones, estaban distribuidos en correspondencia con los gajos del pabellón.

Al llegar los conductores del féretro, le depositaron sobre una mesa cubierta con un paño de tumba, que á prevención se había colocado en la parte exterior de la consabi-

da capilla; en ese lugar, haciendo de Preste el Sr. Dean, asistido por el Maestro de Ceremonias de la Catedral, se ejecutaron las ritualidades y el canto del *Oficio* respectivo; después, se levantó la reja que resguarda en el interior del mausoleo la entrada de la catacumba; y en seguida fué conducido el féretro ante la tenebrosa boca que acababa de abrirse, y poco á poco ¡ay! desapareció en ella. Allá dentro colocáronlo con la cabecera del lado Sur, en el nicho que lleva el número 10 y que fué clausurado cuidadosamente con una sencilla lápida de mármol blanco, sin inscripción alguna y sólo conteniendo en el centro de su pulida superficie una cruz latina y en cada ángulo una crucecita griega, resacadas todas á cincel.

Quando se acabó de ejecutar esa tétrica operación, sonaba el toque de ánimas; las luces de las hachas que aun estaban encendidas, al deslizarse por entre los intersticios de los árboles, salpicaban de lágrimas de oro las esparcidas tumbas; y los sauces y los cipreses, moviendo gravemente sus copas como para llevar el compás, salmodiaban el *De profundis*.

\* \*

El más elocuente de los Padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo, se refería en los siguientes términos, que aquí es oportuno citar, á esta clase de esplendorosas ritualidades católicas: "Dime, escribe, ¿qué significan las antorchas y acompañamientos en nuestros entierros? ¿no es por ventura ir siguiendo á nuestros luchadores y atletas? ¿Qué los himnos y cánticos? Dar gracias al Señor porque los coronó."



## ORACION

## FUNEBRE.